



UN ENSAYO DE TRADUCCION ECUMENICA. A PROPOSITO DE «PAROLA DEL SIGNORE»

CLAUDIO BASEVI

«El estilo que tengo me es natural, y sin afectación ninguna escribo como hablo: solamente tengo cuidado de usar vocablos que signifiquen bien lo que quiero decir, y dígolo cuanto más llanamente me es posible». Las palabras de Juan de Valdés, escritas en su *Diálogo de la lengua*, trazan el rumbo que todo buen autor debe seguir. Y, sin duda, no hay trabajo literario más delicado que el de un buen traductor, máxime si lo es de la Sagrada Escritura, porque debe saber conciliar la fidelidad al texto con el empleo de una lengua que sea natural, sencilla, sin afectación y sin vulgarismos. Juan de Valdés no habla, es cierto, de estos últimos: pero el lector de muchas obras modernas no puede evitar la idea de que existe una afectación de sentido contrario, que consiste en imponer a la fuerza la jerga callejera o el lenguaje descuidado al texto escrito. Es bueno escribir como se habla, podríamos decir, pero no estaría mal procurar hablar y escribir un poco mejor. Por otro lado los humanistas mismos, aún los más espontáneos, estuvieron lejos de escribir de modo «taquigráfico», sino que fueron grandes cultivadores, en el sentido exacto de la palabra, del idioma, precisamente porque escogieron, seleccionaron, depuraron el habla hasta conferirle una dignidad literaria.

Esta consideración hace que el ensayo llevado a cabo por la editorial católica Elle Di Ci en unión de la Alleanza Biblica Universale sea sin duda interesante¹. Sus autores han querido preparar un texto italiano del Nuevo Testamento que no fuera una nueva «traducción» sino una «transcripción», es decir una trans-conceptualización, del lenguaje empleado por los autores humanos del Nuevo Testamento en el «italiano

1. Nos referimos a la publicación de *Parola del Signore. Il Nuovo Testamento. Traduzione interconfessionale dal testo greco in lingua corrente*, Leumann-Roma, Ed. Elle Di Ci —Alleanza Biblica Universale, 1980, VIII 554 9 pp. sin numerar de *Piccolo Vocabolario*, y 2 mapas de *Carte di Geografia Biblica*; 11,5 × 18.

de todos los días, el italiano acostumbrado y familiar que la gente emplea para hablar entre sí», como se dice en la *presentación* (p. III). Decimos que el ensayo es interesante porque es sin duda meritorio querer hacer fácil y agradable la lectura de la Palabra inspirada, y es legítimo traducir el texto griego en una lengua moderna evitando giros excesivamente arcaicos o palabras desusadas. Pero dejando para más adelante el comentario de estos planteamientos, ahora queremos repetir que la traducción del texto bíblico a una lengua moderna debe, en cualquier caso, respetar el *contenido de verdad* del texto original, porque, de no ser así, ya no sería una «traducción» sino una interpretación arbitraria del texto.

Otro elemento particularmente interesante del Nuevo Testamento que recensamos es su aspecto ecuménico: se trata de una traducción interconfesional, llevada a cabo por expertos (no se nos dice quiénes son) católicos y protestantes, con el afán de establecer un texto que sirva para la oración y lectura en común con los hermanos separados: tal vez un paso hacia la más plena comunión, como en su momento sugiriera el Conc. Vat. II². Pero aquí también hay que advertir que el Conc. Vat. II señaló que el diálogo con los hermanos separados debe respetar la integridad de la doctrina católica³, y que las ediciones de la Sagrada Escritura «ad usum etiam non christianorum» deben ser preparadas «aptis... adnotationibus»⁴.

En definitiva nos parece que la utilización de la Sagrada Escritura es muy oportuna en el diálogo ecuménico y muy de desear, con tal que se entienda que el ecumenismo es, en su conjunto, un gran esfuerzo apostólico para llevar a los hermanos separados hacia la plenitud de la verdad en Cristo, eliminando al mismo tiempo aquellos elementos que puedan dificultar el reconocimiento de la santidad y apostolicidad de la Iglesia Católica. No se trata, pues, de que la verdad esté a «medio camino», sino que todos debemos progresar hacia la verdad, que está «por encima»; con la clara conciencia, al mismo tiempo, de que la Iglesia Católica recibió de su Fundador la plenitud de la gracia y de la verdad⁵. Vale la pena recordar lo que se dijo en el Directorio Ecuménico *Ad totam Ecclesiam* de 14-V-1967⁶: «el movimiento ecuménico empieza por aquella renovación con la cual la Iglesia manifiesta más plena y más perfectamente la verdad y santidad enseñadas por Cristo Señor. De esta renovación debe participar cada uno de los fieles, como miembro de la Iglesia, de tal forma que crezca en la fe, la

2. *Dei Verbum*, n. 22 y 25; *Unitatis Redintegratio*, n. 21.

3. *Unitatis Redintegratio*, n. 11: «integra doctrina lucide exponatur omnino oportet».

4. *Dei Verbum*, n. 25.

5. Cfr. *Unitatis Redintegratio*, n. 3.

6. En *Derecho Canónico Posconciliar*, v. II (Madrid 1974), p. 257 s., n. 2.



esperanza y la caridad, y, por medio de su propia vida cristiana, dentro de la Iglesia dé testimonio de Dios y de nuestro Salvador Jesucristo.

Aclarados estos puntos vengamos al análisis del libro en cuestión. Se presenta dividido en cuatro partes: una presentación, una introducción, el texto italiano del Nuevo Testamento sin notas de ningún tipo y un pequeño diccionario de términos bíblicos al final. El texto italiano está dividido en pequeños apartados, que llevan en cada caso un título. Se mantiene la división del texto en capítulos y, casi siempre, en versículos. Decimos casi siempre porque, como se dice en la introducción (p. VIII), a veces la numeración en versículos dificulta la traducción: en esos casos los editores han preferido agrupar los versículos (p. ej. 3-4; 27-28) y poner el texto seguido. En el caso de términos o palabras que necesitan una explicación se remite al diccionario final. La traducción está hecha sobre el texto griego: no se nos dice cuál, pero pensamos que será el de la edición crítica de la *United Bible Societies*, llevada a cabo por Aland, Black, Martini, Metzger y Wikgren.

Nos parece que una valoración del libro requiere la consideración de tres aspectos: los criterios de tipo estructural que se han adoptado, la fidelidad de la traducción y la elegancia del italiano utilizado.

En cuanto al primer aspecto, tenemos que confesar que el criterio adoptado nos parece muy dudoso. La introducción es muy pobre: se limita a dos páginas. Allí se dice, presentando muy brevemente los «escritos (comúnmente llamados libros)» del Nuevo Testamento que «Paolo infatti è morto prima che gli evangelisti scrivessero il loro vangelo». Se añade, de paso, que el autor del Apocalipsis es distinto de Juan, y se considera Hebr como algo extraño al *Corpus paulinum*. Estas afirmaciones, de las cuales nos permitimos disentir, no pueden ser «sentadas» sin más: necesitan una aclaración. Además, la primera de ellas, relativa a la cronología comparada del *Corpus paulinum* con los Evangelios, es actualmente muy contestada y evidentemente falsa si se aplica a los Sinópticos.

Más decepcionante aún es el *Piccolo Vocabulario*. Se trata de 126 voces, todas muy breves, que tienen, unas veces un interés meramente secundario (por ejemplo, Censimento, Digiuno, Falce, Fiele, Locusta, Paralítico, Scorpione, Vasaio); otras veces un interés histórico o arqueológico (nombres propios, algunos nombres geográficos, términos del Antiguo Testamento, nombres de fiestas judías, etc.); y otras presentan un marcado interés teológico (Alleanza, Angelo, Apostolo, Diavolo, Figlio dell'uomo, Figlio di Dio, Giudizio, Legge, Messia, Miracolo, Paradiso, Pastore, Regno di Dio, Spirito Santo, Vangelo). En primer lugar sorprende la gran limitación de este *Vocabulario* que debería substituir las notas a pie de página: faltan conceptos como Padre, María, José, Obispo, presbítero, diácono, sacramento (o misterio), ministerio, redención, justicia, sacrificio, alma, resurrección, por no citar sino

algunos términos. En segundo lugar algunas explicaciones son tan sencillas e ingenuas que rozan lo ridículo. Así, por ejemplo, nos resistimos a creer que del «Reino de Dios» sea suficiente decir que «no indica un territorio determinado, sino el poder que Dios ejercita sobre el mundo, como un rey». Dígase lo mismo de Alleanza y Legge. En tercer lugar, algunas explicaciones son parciales o tendenciosas. Así, por ejemplo, de *Miracolo* se dice que es un «hecho más o menos extraordinario...»; lo mismo dígase de *Abisso* que sería (*si tratterebbe*) solo «un profundo lugar subterráneo en el cual, según la tradición bíblica, están encarcelados los espíritus malignos hasta su castigo final; de *Angelo* se dice que «la Biblia habla de lo que hacen más de lo que son...»; de *Giudizio* que «...muchas veces el *juicio* es presentado como el acto final de Dios contra el mundo que no se convirtió a Cristo»; de *Spirito Santo* que «El Espíritu de Dios es la potencia con la que Dios actúa y que está particularmente presente en todos los que recibieron de El una misión, como por ejemplo, los profetas... En el Mesías el Espíritu de Dios está presente de modo especialísimo». Todo esto hace sospechar una actitud vacilante, ambigua o claramente equivocada con relación a verdades de fe, algunas solemnemente definidas.

Si el *Piccolo Vocabulario* presenta estas deficiencias, el texto, en cambio, resulta sencillo y de fácil lectura. No podemos aquí entrar en demasiados detalles, pero queremos señalar que, a pesar de las buenas intenciones, no faltan aquí tampoco puntos oscuros. Nos limitamos a algunos ejemplos.

a) *Evangelios de la Infancia*. Mt 1, 1: «Gesù è discendente di Davide» traduce el υἱοῦ Δαυίδ (trad. aprob. por la CEI: *figlio di Davide*); desde luego la palabra «figlio» no nos parece anticuada. Mt 1, 16: «Giuseppe sposò Maria» (t.g.: τὸν Ἰωσήφ τὸν ἄνδρα Μαρίας; CEI: *lo sposo di Maria*). Mt 1, 18-19: de María se dice que era la *fidanzata* (la novia) de José (mejor la CEI: *promessa sposa*), y que el Espíritu Santo actuó en María y ella se encontró embarazada (el t.g. responde en cambio a un giro hebreo: se encontró embarazada por obra del Espíritu Santo). El conjunto deja una impresión desagradable, de lenguaje de periódico, como si se tratara de la crónica de un suceso. Así también en Lc 1, 26-34, María es llamada «fanciulla» (que es una palabra más bien literaria para decir doncella), cuando el t.g. dice claramente παρθένος (dos veces), que se hubiera podido muy bien traducir por «vergine». Las palabras de la anunciación resultan desfiguradas: «Ti saluto, Maria! Il Signore è con te: egli ti ha colmata di grazia». Hay un afán evidente de romper el *clichet* de la oración del *Ave Maria*, invirtiendo los términos del saludo angélico. Pero el t.g. no permite esa libertad: el χαῖρε, κεχαριτωμένη, ὁ κύριος μετὰ σοῦ no puede ser sino «Ti saluto, o piena di Grazia, il Signore è con te». Así también, en el v. 34, la pregunta de María es «Come è possibile questo,

dal momento che io sono vergine?», lo que es una traición del texto (ἐπεὶ ἄνδρα οὐ γινώσκω). Es cierto que el verbo «conocer» sólo puede ser entendido correctamente en el contexto bíblico, pero la misma dificultad se planteaba ya en el siglo I, puesto que en el mundo helénico γινώσκω no hacía referencia a la virginidad. Por esto la CEI optó por la traducción: «Come è possibile? Non conosco uomo», y lo mismo hicieron Garofalo (Torino, Marietti, 1964) y los profesores del P.I.B. (Firenze, Salani, 1963). María no está hablando de su virginidad *actual*, sino de su *propósito* de virginidad, por esto el Evangelista utiliza un giro hebreo (l'o y^edha^thî) que indica una firme disposición de la voluntad.

b) *Episodios de la vida de Cristo*. Se describe así el comienzo de la predicación de Cristo: «Diceva: il tempo della salvezza è venuto: Dio inaugura il suo regno. Cambiate vita e credete in questo lieto messaggio» (Mc 1, 15). Muy bien está el «tiempo de la salvación» por καιρός, pero ἡγγικεν ἡ βασιλεία τοῦ Θεοῦ tiene un matiz de algo que *está* presente, más que de una inauguración. Las palabras de Mc señalan, nos parece, la real presencia del Reino de Dios. Asimismo el «lieto messaggio» es τῷ εὐαγγελίῳ: hubiéramos preferido la expresión tradicional «Buona Nuova» o, directamente, «Vangelo», puesto que se utiliza esa palabra para referirse a la predicación misma de Cristo (así Garofalo: «credete all'evangelo»). En definitiva la traducción desvirtúa algo la fuerza del texto. De modo parecido en Mt 5, 17: «Io non sono venuto per abolire, ma per dare loro il vero significato». La acción de Cristo queda encerrada en un plano exclusivamente intelectual (*significato*), cuando en cambio el πληρῶσαι griego apunta a la *plenitud salvífica* que Cristo da a la Ley, añadiéndole los Sacramentos y la Gracia, que la asumen y transforman.

Del mismo modo, la traducción no es coherente con sus objetivos cuando, en vez de explicar, se queda en una fidelidad estricta al texto. Así, por ejemplo, en Mt 13, 55 se mantiene la traducción tradicional de ἀδελφοί por hermanos, cuando, si se hubiera querido transmitir el sentido más que la letra, se hubiera podido traducir por «parientes».

Otro ejemplo, un poco más clamoroso, es Mt 16, 18. Allí se lee: «E io ti assicuro che tu sei Pietro e su di te, come su una pietra, io costruirò la mia Chiesa. E nemmeno la potenza della morte potrà distruggerla». A parte la explicitación de la metáfora Pedro-piedra, lo que detectamos es la banalización de πύλαι ἄδου por «poder de la muerte». Cristo no está hablando de la muerte, sino del poder infernal: la Iglesia no está destinada sólo a sobrevivir en el tiempo, sino que vencerá contra todo el poder del diablo y del infierno. Se pasa así, de un modo apenas perceptible, de una consideración cósmica y escatológica, a una consideración simplemente histórica y cronológica.

c) *Cristología paulina*. En Eph 5, 32 leemos: «Si tratta qui di una grande e misteriosa verità e io dico che riguarda Cristo e la Chiesa». En base a esta traducción se excluye de modo tajante que Pablo relacione el texto de Gen 2, 24 con el matrimonio, cosa que es una violencia al contexto inmediato, y se reduce el «misterio» a una verdad grande y misteriosa. El texto griego no es tan tajante: la expresión de San Pablo es muy matizada: ἐγὼ δὲ λέγω εἰς Χριστὸν καὶ τὴν ἐκκλησίαν; muy bien lo traduce Garofalo: «io lo dico, in rapporto a Cristo e alla Chiesa» (cfr. también la traducción del P.I.B.).

El famoso himno a Cristo de Phil 2, 6-11 también resulta desvirtuado sin ninguna justificación textual. Así de Cristo se dice que: «Egli era come Dio» — ἐν μορφῇ Θεοῦ ὑπάρχων; «il fatto di essere uguale a Dio» — τὸ εἶναι ἴσα Θεῷ; «essi (gli uomini) lo riconobbero come uno di loro» — σχήματι εὐρεθεὶς ὡς ἄνθρωπος; «per onorare il nome di Gesù, ognuno... pieghi le ginocchia, glorifichi Dio Padre, e dichiarì: Gesù Cristo è il Signore» «ἵνα ἐν τῷ ὀνόματι Ἰησοῦ πάν γόνυ... καὶ πασα γλῶσσα ἐξομολογήσεται ὅτι κύριος Ἰησοῦς Χριστὸς εἰς δόξαν Θεοῦ Πατρός». Sobre todo estos dos últimos versículos resultan totalmente alterados: el fin que San Pablo señala no es honrar a Cristo, sino dar gloria al Padre. Para dar gloria al Padre, añade el Apóstol, hay que confesar que Jesús es «el Señor» (es decir su divinidad) y hay que doblar las rodillas «en su nombre». En otros términos, mientras el texto original pone de relieve con mucha fuerza la divinidad preexistente de Jesús y su mediación universal, la traducción que comentamos apunta sólo a una «ejemplaridad» de Cristo y a que Jesús debe ser objeto de reverencia para hacer una cosa grata a Dios. Ambos conceptos, en cambio (preexistencia y mediación), son respetados por las demás traducciones: así, por ejemplo, los profesores del P.I.B. traducen «sussistendo nella natura di Dio», «stare alla pari con Dio», «riconosciuto come uomo da tutto il suo esterno»; Garofalo, por su parte, traduce: «avendo forma di Dio», «l'essere uguale a Dio», «apparso in aspetto di uomo»; la Biblia de la CEI, por fin: «pur essendo di natura divina», «la sua uguaglianza con Dio» y «apparso in forma umana».

En realidad la traducción de Elle DiCi parece ignorar que ya desde hace tiempo se aclaró que μορφῇ es sinónimo de «naturaleza» y no indica una apariencia externa, que ἴσα Θεῷ supone una identidad esencial, que el σχήματι εὐρεθεὶς quiere decir «manifestando todas las propiedades de...», etc. En definitiva, nos encontramos frente a una alteración del *sentido* del texto.

Consideraciones parecidas se pueden hacer a propósito de otro himno cristológico, el de Col 1, 15-20. En primer lugar en el v. 16 b se emplea un estilo abstracto —«i poteri, le forze, le autorità, le potenze»— en lugar de uno personal (la Biblia de la CEI por ejemplo

traduce: «Troni, Dominazioni, Principati e Potestà»), puesto que estos nombres se han atribuido a las jerarquías angélicas. En efecto, nos parece que San Pablo quiere especificar qué obras invisibles ha hecho Dios, con una clara referencia a los Angeles (cfr. Eph 6, 12-13), con lo cual no cabe una enumeración que recuerde los manuales de Física experimental o la terminología política. En segundo lugar en el v. 18 b se lee: «è il primo risuscitato dai morti: egli deve sempre avere il primo posto in tutto» que deja la impresión de un acto de prepotencia por parte de Cristo. Pero además el «debe» no encuentra apoyo ninguno en el griego: ὅς ἐστιν ἀρχή, πρωτότοκος ἐκ τῶν νεκρῶν, ἵνα γένηται ἐν πᾶσιν αὐτὸς πρωτεύων que la Biblia de la CEI traduce correctamente «il principio, il primogenito di coloro che risuscitano dai morti, per ottenere il primato su tutte le cose»; el ἵνα señala una finalidad escatológica, no un «deber» impuesto por una voluntad; como mucho se puede hablar de un «deber» de primacía de Cristo como consecuencia de un orden ya establecido, y por lo tanto se hubiera tenido que decir: «egli ha perciò sempre il primo posto in tutto» o «perciò egli dovrà avere il primo posto in tutto». Lamentable es, asimismo, la traducción del v. 19: el requisísimo texto paulino (ὅτι ἐν αὐτῷ εὐδόκησεν πᾶν τὸ πλήρωμα κατοικῆσαι) es reducido a un improbable «perchè Dio ha voluto essere pienamente presente in lui», muy alejado del texto y lleno de reminiscencias modalistas: baste comparar con el texto de la CEI: «perchè piacque a Dio di far abitare in lui ogni pienezza». Es ciertamente difícil traducir las fórmulas paulinas, pero lo que no se puede hacer es cambiar lo que San Pablo quería decir para hacerlo accesible. El Apóstol habla aquí no de una *plena presenza de Dios* en Cristo, sino de que Cristo es, por voluntad de Dios, la cumbre de toda perfección, lo que es muy distinto.

d) *Las cartas pastorales de San Pablo*. Nos limitamos a una breve consideración. Señalamos 1 Tim 4, 15 donde χάρισμα es traducido correctamente por «dono spirituale che Dio ti ha dato», pero donde el original ὃ ἐδόθη σοὶ διὰ προφητείας μετὰ ἐπιθέσεως τῶν χειρῶν τοῦ πρεσβυτερίου (CEI: che ti è stato conferito, per indicazioni di profeti, con l'imposizioni delle mani da parte del collegio dei presbiteri) se traduce por «che tu hai ricevuto quando i profeti hanno parlato e tutti (?) i responsabili della comunità hanno posato le mani sul tuo capo», con una evidente acentuación del aspecto comunitario frente a lo jerárquico. Asimismo el «depósito» de 1 Tim 6, 20 (παραθήκη) es traducido con una perífrasis innecesaria: todo lo que te ha sido confiado. Aunque el sentido no resulte alterado, sí se ha perdido un término casi técnico, sustituido por una expresión genérica. Y esto es tanto más extraño cuanto que el texto de 2 Tim 1, 14 es traducido por depósito. Encontramos otra vacilación terminológica, de mayor repercusión, en 1 Tim 5, 17; Tit 1, 5,7; 2, 1; 1 Tim 3, 1,2,8. En efecto ἐπίσκοπος, ἐπισκοπή es



traducido por pastor, «oficio de pastor» (1 Tim 3, 1.2) y «obispo» en Tit 1, 7; *πρεσβύτερος* es «responsable de la comunidad» (1 Tim 5, 17) y «anciano» (Tit 2, 1); *διάκονος* es «diácono» (1 Tim 3, 8). Es cierto que, en base a los textos de la Sagrada Escritura, no resulta fácil distinguir entre *ἐπίσκοποι* (que no son «pastores», sino «vigías, guardas») y *πρεσβύτεροι* (cfr. Act 20, 17.28), pero la traducción «responsable de la comunidad» nos parece que tiende a olvidar la existencia de una jerarquía de naturaleza sacramental, es decir de origen divino, y a pensar que, en la Iglesia primitiva, no existían grados sino misiones.

En cuanto a las epístolas católicas nos detenemos en un solo texto: 1 Ptr 5, 1, en el cual volvemos a encontrarnos «responsables de la comunidad» en lugar de «ancianos» o «presbíteros».

No podemos ahora entrar en un análisis literario del italiano empleado en la traducción. Sólo queremos poner de relieve que si la lectura del texto es efectivamente fácil y agradable, también es cierto que esta facilidad puede ser engañosa. Toda traducción es, en cierto sentido, una interpretación, puesto que las palabras que se utilizan tienen un valor semántico que supera el puro significado literal y se presentan cargadas de unas sensaciones o sentidos no-explicitos (piénsese, por ejemplo, en el diferente matiz que tienen adjetivos como viejo y antiguo, asombroso y maravilloso, o sustantivos como empresario o capitalista, etc.). Pues bien, en el caso de la Sagrada Escritura la elección de las palabras no puede obedecer sólo a un criterio de adhesión al lenguaje corriente, puesto que se trata de un texto inspirado y cargado, por tanto, de un peculiar valor religioso. Con lo cual las palabras que conviene emplear deberán ser, como es evidente, palabras sencillas y comprensibles, así como es sencillo y popular el léxico griego del Nuevo Testamento, pero, al mismo tiempo, nobles y dignas. De otro modo se corre el peligro de «banalizar» el contenido del texto Sagrado. Basta, por ejemplo, considerar el Prólogo de San Juan que en la traducción ha sufrido, para conseguir la deseada adaptación, una reelaboración con la introducción de un versículo que no existe en el original *prima che Dio creasse il mondo*; allí mismo, además el Verbo es «colui sche è la Parola», es decir, que se emplea una expresión que recuerda un poco los motes, más que un nombre riquísimo de sentidos. En este aspecto la idea de emplear un lenguaje corriente debe ser medida con mucha cautela, porque en una traducción lo que priva es la fidelidad del contenido y la dignidad de la expresión.

En conclusión, este «Nuovo Testamento», junto con una traducción ágil y agradable, presenta numerosos puntos dudosos, tanto de enfoque como de doctrina. Nos parece por tanto que el camino de las traducciones de la Sagrada Escritura que puedan ser utilizadas también por los hermanos separados debe ser emprendido con un planteamiento distinto, de mayor claridad doctrinal y mayor fidelidad. Y también entendemos



que el léxico utilizado para traducir la Sagrada Escritura debe ser, sí, ágil y moderno, pero sin perder nunca cierto tono de solemnidad y austeridad, para subrayar y defender el respeto que al texto inspirado se debe⁷. Nos parece que se trata de encontrar una lengua sencilla y natural, pero al mismo tiempo sin vulgarismos o frases hechas: no basta la «lengua de la calle», hay que depurarla y elevarla. El tema lo merece.

7. En este mismo sentido, nos parece, van las palabras dirigidas por Pablo VI a los traductores de los textos litúrgicos a las lenguas vulgares el 10.XI.1965: «Aunque la lengua vulgar, que ahora se introduce en la Sagrada Liturgia, debe poder estar al alcance de la comprensión de todos, también de los niños y de los incultos, debe también, sin embargo, ser digna, como bien sabéis, de los temas profundísimos que allí se tratan, y por tanto debe ser distinta de la manera corriente de hablar, que se emplea en la calle y en los negocios, y tal que mueva los sentimientos y encienda los corazones en el amor de Dios».